

# PARTIDA DE DOMINO

(CUENTO)

La soledad en la vejez, ¿es conveniente? ¿Es agradable? Si los desengaños nos aíslan, la necesidad de ayuda y la propia flaqueza senil reclaman la presencia, la compañía de alguien. Doña Teodora había vivido sola muchos años, sola y dichosa; pero un sentimiento de terror la movió a pensar en la familia Ferreras, sus jóvenes amigos, y tomar en casa de éstos una habitación. El miedo a la soledad, que en sus últimos años tanto la espantara, disminuyó, aunque sin abandonarla. Y no dejaba de haber en ella un evidente presentimiento, por cuanto cuando D.<sup>a</sup> Teodora Labiátegui decidió esta noche retirarse a descansar y se levantaba de la mesa, agradeciendo con su mejor sonrisa el obsequio de sus amigos, ¡qué lejos estaba ella y todos de pensar que a la simpática y bondadosa anciana quedábanle aproximadamente unos treinta minutos de vida!

Doña Teodora Labiátegui—setenta años, huesos y pergamino—manteníase ágil de cuerpo y de entendimiento. Era viuda, vivía de una pensión y, según el parecer de las gentes, guardaba considerables ahorros. Acomodada dos años ha en casa de unos amigos, ocupaba y pagaba una alcoba, vivía en libertad completa, hacía sus salidas, sus visitas, sus devociones y, dentro de la común independencia, doña Teodora era considerada como una más en la familia de Jacinto Ferreras. A la pequeña Nina, ahijada de doña Teodora, considerábanla todos como presunta heredera de la anciana.

Aquella noche invitaronla éstos a la mesa, en celebración de un ascenso de Jacinto. Un poco alegre a causa de un visito de Valdepeñas, doña Teodora iba por el pasillo oscuro, camino de su cuarto. Seguítala hasta allí desde el comedor, riendo, Nina, su ahijada, y doña Teodora, en el umbral de la habitación, al tocar ya el picaporte, dió a la niña un beso y la empujó dulcemente.

—Anda, vuélvete, hija. Que te acueste tu mamá. Yo también me voy a dormir en seguida. Es ya muy tarde.

Serían aproximadamente las once. Oíanse las voces ruidosas de Jacinto, los chillidos de Finita—una cuñada asustadiza que gemía porque habían referido de sobremesa cuentos de miedo—y el carraspeo y gruñidos de doña Práxedes, la suegra de Jacinto, que tenía—como reliquia de su vejez—un sordo mosconeó colérico.

Refunfuñaba la suegra, no por suegra ni por su natural facilidad para comunicar su descontento—que era grande y de todo instante—, sino porque tenía demasiadas razones para desear que aquel brutote de su yerno cambiase de tema y se dejara de referir escenas de horror. Contaba el tal, con sus menores detalles, uno de los crímenes que en su juventud habían logrado resonancia. Complacíase en asustar a su cuñada Finita, sólo porque el vivo terror pintado en los enormes ojos anémicos producíale a él un cosquilleo de risa. Hombre de risa fácil, era Jacinto gordo, glotón, lento en moverse, campanudo en su verba, recio de cuello, sin escasear en él la papada de cerdo bien cebado ni faltarle, para el vivo retrato de Falstaff, una barriga de buen volumen reventando bajo el apretado pantalón.

Doña Teodora encendió la luz de su cuarto y se detuvo un punto para oír, a su pesar, la continuación del relato de Jacinto.

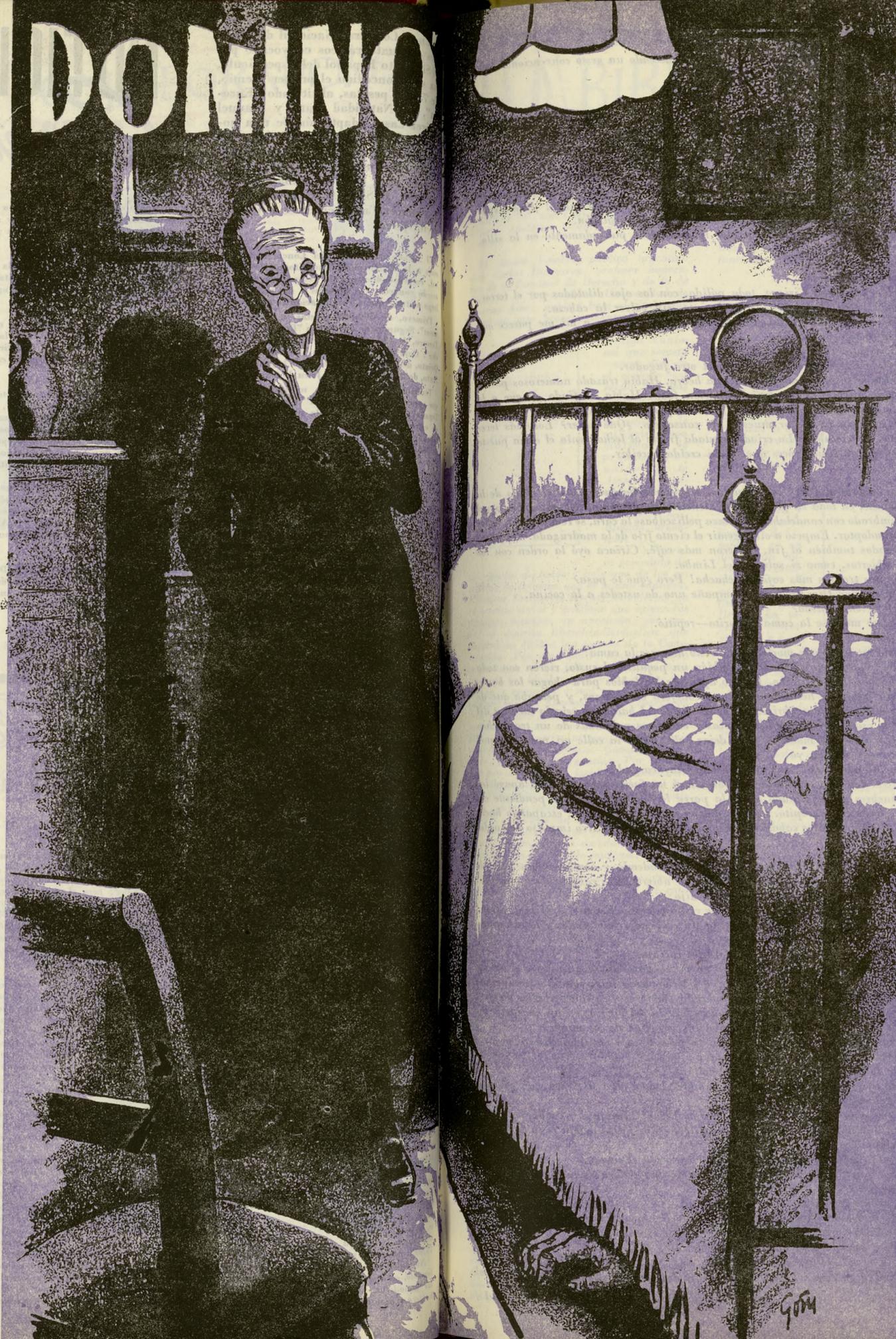
“El criminal, con toda cachaza—decía—, iba despedazando a su víctima. Ahora le rebana el cuello; después le hunde en el pecho su cuchillo...”

Unas imprecaciones, gritos y chillidos ahogaron las últimas palabras del narrador. Doña Teodora hizo una mueca de repugnancia y espanto, cerró un instante los ojos, como para rechazar visiones de pesadilla, y abrió el cajón de la cómoda, sacando de él una camisa y pañuelos. Era la noche de un sábado. Entornaba suavemente el balcón y pensó un momento cómo emplearía mejor la festividad del día siguiente. Proyectaba sobre el estrecho recinto de la alcoba una mirada distraída, de desagrado. La señora tenía sobre la mesilla un reloj despertador, recuerdo de sus tiempos de casada, y en la pared, junto a un cuadro de asunto religioso, el retrato de su difunto marido.

El dormitorio era pequeño y había en él demasiadas cosas. “¡Si me cedieran el cuarto del mirador!”, decía entre dientes todas las noches, viéndose tan rodeada de cachivaches. Ella deseaba aquel cuarto del mirador porque era más alegre y además le permitiría poner en él media docena de sillas, un sofá, y podría recibir sus visitas en la intimidad solitaria de su propia sala, y no en el comedor de la casa, rodeada de las niñas indiscretas y de aquella insolente y gruñona suegra de Jacinto. Hacíase estas reflexiones doña Teodora e íbase desnudando despacio, cuando, de pronto, con indecible susto, advirtió que debajo de la cama, por uno de los extremos, había aparecido y desaparecido una manaza gruesa, sucia de roña, que se cerraba y retirábase bajo la colcha, como un monstruoso sapo negro.

Paralizada repentinamente la señora, dudaba de lo que no podía dudar, y reprimió un impulso de alzar la colcha y dar voces, porque decía el instinto que el malhechor, viéndose descubierto, podía asesinarla y huir antes que la embromada familia del comedor acudiese. Unos segundos absorta e inmóvil la fueron serenando. Quería ella negar, engañarse, dar con algún arbitrio..., y para poner un poco de luz en su cerebro nublado del susto, se removió por el cuarto, entreabrió el balcón, volvió a cerrar, cambió de lugar unas sillas, todo sin retirar sus ojos del punto en donde había visto removerse la mano. Pero el hombre que estaba allí y habíase agazapado a prisa, tenía sin duda muy incómoda postura, porque no pudo evitar un ligerísimo y difícil cambio de todo su largo cuerpo tendido, cosa que la atenta anciana advirtió muy bien.

Aquella confirmación del descubrimiento la dejó aterrada, sin resolución para huir ni gritar. Pensaba ella que el escondido criminal, si notábase descubierto, saldría inmediatamente. De caer en sospecha el malhechor, no podía humanamente salvarse aquella anciana atribulada que habría de escapar—en la huida—por el mismo sitio donde adi-



vinábanse las garras poderosas, encogidas y prontas a tomar su presa. Véase ya entregada inocentemente al sueño y sorprendida en él. Recuerdos de crímenes ruidosos se despertaban y golpeaban en su memoria. ¡Qué violentos deseos de gemir, de pedir socorro! Diversas y encontradas reacciones la gobernaban. A la sacudida dinámica seguía una estática quietud, y los pies, como pegados al suelo, parecían extremidades de piedra, sustentadoras de una estatua inerte, con el ignorado y frío aliento de la roca. En unos segundos se sucedieron tantas reacciones y emociones. La angustiada señora sintióse al fin iluminada de repentina inspiración, cobró ánimos, y simulando buscar algo entre los cachivaches de su cuarto, se puso a cantar y luego improvisó una charla arbitraria salpicada de risa, con un extraño monólogo disparatado que derivó hacia una catarata de chillidos, carcajadas, canciones sin concluir, todo como actriz eminente, con la intención de hacerse oír por los que en el comedor charlaban y reían también, pero ¡de cuán diferente modo!

En efecto, así sucedió. Como doña Teodora era discretísima, educadísima y callada como una sombra, es de imaginar la sorpresa de la familia al oírle reír y cantar de aquella escandalosa manera. Y extrañábanlo tanto más cuanto que en la mesa no había perdido la compostura, ni era ella mujer en cuya voz se conocieran otros registros que un como bisbiseo de rezo que rimaba acorde con su pisar blando y su modo de conducirse, en fin, lo mismo que tímido soplo de ánima impalpable.

—¡Dos botellas, sí, señores, dos botellas de coñac, dos de Jerez, dos de manzanilla para mí solita!—decía batiendo palmas como si enteramente hubiera perdido el juicio—. Sí, señor. ¿Hay quien lo niegue? ¡Valiente sinvergüenza! ¿Quién es el atrevido que lo niega? ¡Dos botellas, cuatro botellas, seis botellas!

El bigardo cuya era la manaza escondida ahogó un ligero carraspeo y sonrió en su molesto escondite. Pensaba que el estado particular en que se hallaba la anciana facilitaría mucho su obra, que él deseaba realizar sin violencia, sangre ni otros resortes dramáticos. Era novato en el difícil arte del robo, más difícil en aquella especialidad que él había escogido de violar las viviendas y apoderarse de lo que hallaba más a mano, porque precisaba una serenidad a toda prueba, una resolución casi heroica y los sentidos de agudeza suma para columbrar una sombra, oír una suave pisada y percibir y casi oler los menores peligros. Nada decimos de la agilidad para trepar de un balcón a otro y del último a la calle; tacto para manejar con éxito llaves-ganzúas; fuerza para levantar en silencio un pesado mueble, abrir armarios, arrancar ventanas y arrostrar, en suma, con alguna ventaja los numerosos e imprevisos peligros. Su falta de agudeza psicológica le escondía y borraba el conocimiento del resorte principal en que iba a poner la planta de sus éxitos, que no era otra cosa que el susto de las víctimas. Sin este interesante detalle, que le daba como lograda la mitad de la victoria en el hecho mismo de resolverse el robo, no hubiera él empezado con tanta fortuna su iniciada carrera, ni tantos desenvueltos ladrones pasarían libres y satisfechos como pasean y triunfan por las hermosas terrazas, restaurantes de lujo, teatros y cines.

El lejano pariente de Monipodio quisiera que su próxima víctima callara. No abrigó sospecha de que le hubiese descubierto, y no preveía por entonces peligro mayor. Días ha que había planeado el robo en este cuarto, cuya dueña—en opinión de la barriada entera—tenía sus ahorros y los guardaría en aquella ventruda cómoda. El audaz mozallete, unos minutos antes—sólo unos minutos—había llegado hasta el cuarto y, a favor de la algazara que de fuera se oía, abrió con maestra llave la puerta principal, cerró con tiento y se fué como una bala a la habitación de doña Teodora, todo sin tiempo para nada práctico, porque precisamente en aquel instante mismo salía ya del comedor la señora. El atrevido mozo, oídos los pasos y las palabras despidiendo a la niña, se acogió al recurso de la cama, y no era la vez primera que este expediente lo salvaba y le ayudaba después muy bien con el favor del sueño.

—¡Sí, señores!—repetía como enloquecida histórica la espantada vieja, forzada a hacer de comedianta—. ¡Sí, señores! Yo solita, cuatro botellas. ¡Yo solita! ¿Hay quien beba más? Con mis setenta encima de las canas, Doña Teodora Labiátegui, ella solita...

Dejó sin concluir la frase, por impedirsele un extraño hipo que parecía un gemido. Don Jacinto y familia, que oyeron la jarana, hasta no digerir la sorpresa no tuvieron resolución para lanzarse e irse aproximando. Iba toda la familia en cordón, pasillo adelante, pisando con cuidado para no quebrar el sainete con una imprudencia, y ahogaban la risa con no pocos apuros. Doña Teodora, por su parte, sacaba de su propio terror fuerzas para seguir unos minutos aquella tragicomedia, y cantaba, disparataba y reía en proporciones y tono que obligó ya a don Jacinto, el cual repiqueteó con los nudillos en la puerta.

—¿No han visto ustedes—dijo la anciana en una violentísima tensión de nervios—, no han visto ustedes nunca a doña Teodora borracha? ¡Pasen, pasen, señores! ¡Aquí se vende todo, se liquida todo, se regala todo! ¡Pasen, pasen, pasen...!

En aquel punto cogió un síncope a la infeliz y cayó sobre la cama. Jacinto y la familia, en el momento en que ya iban a franquear la puerta de la alcoba, se sorprendieron del silencio repentino, y quedaron allí, mudos y expectantes. El silencio se prolongaba, y de suerte que toda la bullanga anterior parecía cosa de embuste o sueño, tal como estaba ahora el cuarto, callado, sin el más pequeño rumor. Pasaron así unos minutos, y como no chistaba, decidióse Jacinto a golpear suavemente y luego repetir el aviso y por fin abrió. Precipitáronse todos en la alcoba. Doña Teodora permanecía echada de través sobre el lecho, con los pies colgando. Asistieronla con el aturdimiento y prisa consiguientes. Llegó un médico, enteróse del caso, auscultó y examinó detenidamente a la señora y dijo:

—No hay sino certificar la defunción, desgraciadamente. Cundió la noticia, y se llenó la casa de vecinas. Amortajaron a la difunta, echáronla en su misma cama y quedaron velándola algunas personas.

Todas estas rapidísimas y sucesivas escenas de sainete y de drama había presenciado y no sin espanto desde su escondite el hombre que era causa de la inesperada catástrofe. No pequeña venía a resultar para él ahora, agazapado bajo la cama, en molestísima postura, incapacitado de removerse ni de huir, y con la bonita vecindad de un cadáver sobre sus espaldas, que parecía sostener en las mismas el peso liviano de la fallecida anciana. ¡Cuán diferentemente se desenlazaba la que él consideró sencillísima aventura! Ya hemos

contado que era un joven golfante, un conocido y acreditado gan-  
dul que vivía en un tabuco no lejos de allí y entendía por más  
dulce tarea la de apoderarse de lo ajeno que luchar unas horas con las herra-  
mientas del trabajo.

Instalada en el dormitorio la capilla ardiente, en las primeras horas todo era  
cotilleo de vecinas entrantes y salientes comentando la desgracia y lamentándose,  
sin que faltara el consabido elogio póstumo. Todo lo oía tendido panza abajo el  
espantado hermano de Rinconete. Desde la trampa en donde estaba como aprisiona-  
do, veía él entre los flecos de la colcha un divertido vals de piecitos. Una comadre  
recogió del suelo el polvo de la escoba. Alzóse entonces picante neblina que cos-  
quilleaba en la garganta del hombre escondido.

Avanzaba la noche y fuéronse retirando las curiosas mujeres. De las últimas  
en salir fué la portera. Cien kilos de enranciaditas mantecas recogidas bajo la piel  
rubicunda. Al levantarse gimió la silla en suspiros de alivio. Gruesos y amplios  
refajos esponjándose ensanchaban la enorme circunferencia. Un hipo asmático  
silabeaba la despedida.

—Si algo falta, don Jacinto, ya sabe que puede mandar. Como no soy ne-  
cesaria, me retiro.

—Sí, sí; que estará usted rendida.

—Como que la noche pasada, con el trajín de la tienda, no he dormido.

—¡Ah, sí! El robo de la tienda. ¡Cuánta gente malvada hay por el mundo!  
¿Se sabe ya quiénes han sido los ladrones?

—Se tenían sospechas de un tal Donato, y no han podido echarle el guante;  
pero luego parece que han sido unos pillastres que merodean por la estación.

El "tal Donato" era precisamente el desdichado aprendiz de ladrón, que todo  
lo oía desde su insospechada jaula de cuatro patas de la cama.

La asmática mujer añadió:

—Pero si ustedes conocerán a ese chico... Ha sido mozo de la carbonería cuando  
era un muchacho decente. ¿No recuerdan? Es un zagalón no mal parecido, muy  
sucio, que vive por este barrio, y está casado... o lo que sea, con una tal Juliana...

—¡Ah, sí, sí! También dicen que ella...

—Una golfa, señorita. Anoche la ví allá arriba, junto al solar, de palique con  
un pelafustán... En fin, ustedes perdonen estos chismes de vecindad. ¡Dichosa doña  
Teodora! Ella ya descansa.

Extinguíanse en la lejanía del pasillo las pisadas de la mujer. Retiráronse a  
descansar doña Práxedes, Finita y la esposa de Jacinto, quedando de velatorio  
éste, la criada Ciriaca y otro vecino que se ofreció a pasar la noche con ellos. Todo  
lo atendía el golfante, y estaba sufriendo el castigo de su culpa. La prolongada  
y violenta postura habíale provocado calambres en los pies y tobillos; pero esto, más  
el cansancio y hambres que le pellizcaban, ¿qué era comparado con aquella angustia  
de verse descubierto y preso como bien comprendía él que había de verse al fin?  
Quedaron, pues, de velatorio las tres, personas dichas, y a las primeras frases sueltas  
apareció el aburrimiento. Era una extraña fatiga ribeteada de un cierto terror. La  
noche había puesto en marcha sus telares, y tejía un fino silencio y unos ladridos  
dolientes que venían de la oscura y solitaria calle. Ecos espaciados, blandos, de  
pisadas trasnochadoras subían hasta la alcoba, y voces lejanas y lastimeras, por-  
tadoras del miedo, iban también cayendo pausadamente en el recinto.

No pudo ahogar Donato sino en parte un áspero carraspeo, y ello, en el silen-  
cio, removió de pronto a los tres callados personajes. Tan insólito era el hecho, que  
ninguno se atrevió a preguntar nada. Ciriaca dijo, al cabo de un momento:

—¿No han oído los señores? Parecía mesmamente debajo de la cama.

Jacinto miró a la criada como si pretendiese descubrir en ella signos de enajena-  
ción mental, y rió, que era en él lo más fácil. El otro visitante, que también había oído,  
recordó el caso de cierto amigo a quien habían dado por muerto, el cual estuvo cuatro  
horas amortajado, con un ataque de catalepsia. Miraban ahora los tres, desde sus  
asientos y con interés muy acusado, el cuerpo menudo e inóvil de la difunta.

Toda la luz del cuarto—la luz de la bombilla eléctrica y de las cuatro antorchas—  
enviaba sus rayos al rostro blanco y frío de la yacente y dormida anciana. Y el  
rostro apacible parecía recoger aquellos hilos de luz y enviárselos a los tres callados  
personajes que se habían sentado heroicamente en derredor de su lecho. Jacinto  
tuvo una idea genial.

—¿Le parece a usted que echemos una partidita al dominó? Ello creo que no  
es irreverencia ni falta de respeto a la majestad de la muerte. ¡Como es tan larga  
la noche...!

Acogió el otro señor con júbilo la idea.

—Tiene usted razón. Ya que hemos de velar, entretengámonos en algo. ¿No  
tiene familia?—dijo el amigo de Jacinto.

—No, señor.

—¡Caramba con doña Teodora! ¿Y dice usted que cantaba y reía?

—Una fiesta de teatro, señor mío—replicó Jacinto—. Parecía enteramente  
loca, y no digo borracha, porque lo considero imposible, ya que no había bebido  
apenas. ¡Qué modo de reír y decir disparates! Cuidado que era ella discreta y de  
educación esmerada, pero ¡ya, ya! Cuando la hallamos sobre la cama, me lo ex-  
pliqué todo. Sólo para morir se podía decir y hacer lo que hizo esta pobre señora.

—¿Y qué ha dicho el médico?

—El corazón...

—¡Ah, el corazón!—replicó el amigo, poniéndose instintivamente la mano en el  
pecho.

—Comprenderá usted—dijo Jacinto—que eso son pamplinas. El corazón;  
pero ¿por qué? Un rato antes se hallaba muy bien y, de pronto, el corazón...

—Un recurso que los médicos tienen para salir de apuros.

—¡Ni más ni menos!

Colocaron una mesita y sentáronse de espaldas a la difunta. Ciriaca les sir-  
vió café. Luego empezó a ver en las paredes una grotesca danza de muñequitos  
fantásticos. Ella observaba a los bailarines y quería tener allí mismo bien quiete-  
citas sus miradas, pero contra su voluntad volvíanse en dirección al blanco rostro  
de doña Teodora.

MUNDO HISPÁNICO —Yo creo que esta inocente distracción no es... ¿Qué le pa-  
rece a usted?

—¡Seis doble!—exclamaba el otro jugador haciendo un gesto convencional.

—¡Seis cinco!

—¡A cinco!

Rebotaban las fichas con el alegre chasquido de las mejores tardes del Círculo.  
Ciriaca había dejado de contemplar la imaginaria escena proyectada en la pared, y  
sentíase envuelta y aprisionada en una madeja de sueño, una madejita de hilos fini-  
simos que iban ligando sus brazos y abatiendo la cabeza hasta que se doblaba  
sobre el pecho. A veces daba un respingo repentino y aleteaba los párpados con  
extraña zozobra. Parecía que la cama se había movido un poco. ¿Era ello posible?  
¡Qué cosas hacen el miedo y la noche en las mejores horas del sueño! ¡Qué dispa-  
rates imaginaba ella ver! "¿Será que tengo miedo?", pensaba.

—¡Tres cuatro!—murmuró Jacinto, removiéndose pausadamente en la silla,  
que gemía bajo su peso.

—¡Cuatro doble!

—No vale distraerse.

—¡Ay!—exclamaba Ciriaca, toda pálida, con los ojos dilatados por el terror.

—¿Sueña usted, Ciriaca?—decía Jacinto, sin volver la cabeza.

—No sé si sueño, señorito. Ustedes tan entretenidos, y a mí me parece que  
hay alguien debajo de la cama.

—Será el gato. ¡Blanca doble!

—¡A blancas!—voceaba sin respeto el otro jugador.

A Donato se le podía ahogar con una hebra. Había trazado numerosos planes  
para escapar, pero ninguno tenía ejecución fácil. Había confiado en que a la  
madrugada empezarían a dormirse los señores; pero estaban ya éstos en la partida  
número quince sin la menor muestra de cansancio. ¿Qué hacer? Los más leves  
movimientos lo delataban. La criada, sentada frente al lecho, tenía el alma puesta  
en aquellos extrañísimos roces que había creído percibir.

Un reloj lejano dió tres campanadas. Hacía mucho que cesara el ruido de la  
calle. La noche, en toda su plenitud de silencio y de presagios, pesaba sobre aquel  
recinto alumbrado con candelabros. Ciriaca pellizcábase la cara, se removía, sin saber  
qué postura adoptar. Empezó a oírse gemir el viento frío de la madrugada. Los juga-  
dores, cansados también al fin, pidieron más café. Ciriaca oyó la orden con los  
ojos muy abiertos, como si saliera del Limbo.

—¡Que nos traigas más café, muchacha! Pero ¿qué te pasa?

—Señorito, por Dios; que me acompañe uno de ustedes a la cocina.

—¡Ah! ¿Tienes miedo?

—He visto moverse la cama, señorito—repitió.

—¡Visiones!

—¡Como me tengo que morir que he visto moverse la cama!

Los dos señores, para espantar también un poquitín el susto, rieron con todo  
el ruido posible. Bajo el lecho, Donato apretaba los labios para ahogar los boste-  
zos. Parecía haberse hecho la boca una conejera de bostezos, y pensaba que de  
un momento a otro lo descubrirían. Por el cristal del balcón se veía la lucecita del  
farolón de la esquina y oíanse las limpias y enérgicas palmadas de un trasnocha-  
dor. Jacinto abrió las maderas para dejar salir hacia la calle un poco de aquel  
miedo que todos sentían ya.

—¿No les parece que está la atmósfera muy cargada?

Entonces, como en auxilio del ladrón, entró un fuerte soplo de aire, apagó las  
hachas fúnebres y, empujando hacia la pared la bombilla eléctrica pendiente del  
techo, la estrelló con estrépito. Ciriaca dió un agudísimo chillido, escapando hacia  
la cocina. Siguiéronla los caballeros. Fué un cómico e irreflexivo impulso de huida.

Cuando regresaron e hicieron luz, apareció ladeada y cambiada un poco de  
lugar la cama. El balcón estaba de par en par abierto. Los caballeros se miraron,  
interrogándose con visible terror. Ciriaca dijo:

—¿Ven ustedes? ¿Tenía yo razón? He visto moverse el somier. ¡Miren, miren!

Los señores seguían observándolo todo sin responder, agarrados con una mano  
a la duda y con la otra al terror.

—¿Qué piensa usted de todo esto?—dijo Jacinto.

Hay preguntas que se formulan para no ser contestadas. Ciriaca cerró el balcón  
y los caballeros sentáronse en derredor del lecho como un tribunal examinador.  
La criada, detrás, se echaba el mantón sobre los hombros y castañeteaba los dientes.

Y abajo, en el número tantos de una callejuela del barrio, en un cuchitril, un  
hombre hambriento y rendido aguantaba las injurias de su mujer.

—¡Borracho y ladrón! Te vas a ver en presidio... o en algún trance peor.

—¿No tienes nada que comer, Juliana?

—¡Con lo que tú me das, borracho, golfante!

—Mira, Juliana, que me caigo de hambre. Dame algo si tienes, que mañana  
vuelvo al trabajo.

—¡Sí, mi amo y señor! ¡A trabajar se ha dicho! ¡Jajajay! ¡A trabajar!

—Sí, Juliana; pero tú vas a dejar esos líos, ¿sabes? Que te han visto de palique  
con un pelafustán.

—¿A mí? ¿Y quién es la cotilla que te ha ido con el cuento?

—No es una cotilla. Lo he oído en casa de una señora de respeto, ¡de mucho  
respeto!, por quien voy a dejar esta vida.

—¿Y no puede saberse el nombre?

—Puede saberse. ¿No conoces a doña Teodora, esa ancianita limpia, la del 14?

—¿Sí? Pues ya le preguntaré yo mañana a esa señora...

—Bueno, bueno; pero ahora déjame dormir.

—Yo la veré... ¡Pues vaya con la...!

—¡Eh! Ten respeto... Cállate la boca. ¡A dormir, que es más de media noche!